
editorial

IX

Guerra y Paz

Cada guerra, en particular, se produce en una situación concreta, en principio, tan indeseada como indeseable. Es un fenómeno que se atraviesa en la vida de las gentes como consecuencia del estallido de una crisis o de una tensión previamente detectada. En realidad es un estado, —el «estado de guerra»— que se cruza en las relaciones habitualmente establecidas entre las comunidades de hombres que se quieren libres y soberanas, sin que nadie lo desee por sí mismo sino por lo que se espera de su desenlace. En un estado, como el «estado de revolución», al que nunca conviene llegar y del que urge salir, a ser posible, padeciendo el mínimo daño. Ambos son estados que, a diferencia del «orden de paz», no deben durar ni permanecer abiertos. A los dos les conviene que sean inmediatamente clausurados.

Como concepto abstracto, la GUERRA no es una cosa, un objeto o un ser que se toma o se deja con facilidad sabiendo en lo que consiste. La GUERRA no tiene consistencia. Nadie elige a solas entrar en el «estado de guerra». Lo que se elige es mantener una postura que la otra parte en litigio no quiere soportar ni tolerar. Y será allí, donde la disparidad grave de actitudes se haga más insoportable e intolerables, donde la guerra estallará. La GUERRA se presenta como «una prueba de fuerza entre los pueblos que buscan conquistar o poseer por la violencia lo que, a juicio de sus dirigentes, no pueden conseguir de otro modo». La GUERRA se ofrece como la forma de relación entre grupos sociales que llena el vacío creado por la ausencia o por la eliminación de la mejor forma de relación que para ambos conviene imaginar, que es la relación en paz y en armonía.

Hay otros estados —que no órdenes— que se asemejan al «estado de guerra» en su escasa deseabilidad. Son los de crisis, de tensión, de alerta, de defensa o de excepción. Todos tienen de común la ausencia

de verdadera armonía, de amistad recíproca, de consentimiento mutuo o de acuerdo fundamental entre grupos organizados de seres humanos. Lo propio de todos ellos es que pueden desembocar en luchas, en conflictos o en confrontaciones violentas. Lo que se pone en «estado de guerra» es siempre la forma de relación entre grupos sociales que, circunstancialmente, no encuentran en el riesgo de una empresa bélica motivo suficiente para evitarla. Los contendientes, aún considerando como evidentes los males que la GUERRA entraña para la población, siempre hacen esfuerzos para exhibir por adelantado los bienes que se desprenderán de la victoria en la aventura.

Las dos pasiones exacerbadas que acompañan necesariamente al «estado de guerra» son el miedo y el odio. Max Scheler diría que su síntesis irrumpe en la génesis misma del resentimiento que logra hacerse colectivo. Porque parece claro que se llega al «estado de guerra» porque existen, frente a frente, dos grupos sociales —peor aún si estos grupos sociales son Estados modernos o coaliciones de Estados— cuyos miembros sufren a grandes dosis del miedo y del odio. En la realidad social es frecuente que una parte del conflicto abierto tenga más miedo que odio y que la otra atesore más odio que miedo. Pero, en definitiva, lo más grave suele ser que mientras dura el «estado de guerra» ambas fracciones de la humanidad en lucha obran de tal modo que cada día acumulan más miedo y más odio.

La verdadera historia del fenómeno bélico debería revelar a los investigadores que los hombres mejores en la sucesión de los combates, batallas y campañas son, precisamente, —digan lo que digan las estatuas de las plazas públicas— aquellos que fueron capaces de superar en su interior el miedo y el odio presentes en una sola pieza.

Al miedo nos inclina, sobre todo, la falta de seguridad y al odio nos suele encaminar la impresión de la falta de justicia. Y es que sólo por causa de una patente inseguridad colectiva, a la que se suma la evidencia de unas injusticias, se puede explicar que las gentes vayan con algún entusiasmo a los escenarios de la GUERRA. Si los hombres selectos fueran capaces de captar la posibilidad de sentirse más segura y mejor tratada en sus intereses justos que tiene toda comunidad, sin apelar a la violencia y sin tirarse al monte, probablemente conseguirían ponerla de espaldas a las pasiones colectivas del miedo y del odio.

Miguel Alonso Baquer